

A Escondidas

Alejandro Vega Carvajal

Image not found.

Capítulo 1

Suena mi móvil. Es María. Cuánto tiempo ha pasado. Dice que está enamorada de mí: Chucho, te amo, te extraño. No le creo. María siempre me evitó. Desde jóvenes con todos los amigos se escondía. Conmigo no. Evito conversar con ella y cuelgo pronto. Un par de horas después ella insiste. Al día siguiente también. Y los posteriores. Vive en el extranjero y parece que tiene mucho dinero para hacer llamadas a larga distancia. No me interesa ahora. Si me hubiera llamado cuando ella vivía acá en el barrio hace algunos años, sería diferente. Ahora estoy casado, problemáticamente casado. Y mi esposa comienza a sospechar. Qué es esa llamadera. A toda hora te suena el móvil. Quién es.

Trato de calmarla diciéndole que no es nada importante. Que son llamadas publicitarias, primero. Que son notificaciones, le digo después. Que adquiriré algunos servicios bancarios a través del móvil y se deben confirmar, luego. Paso así algunas semanas pero es imposible ocultar esta situación. Lo apago. Ha conseguido el número de mi casa, incluso el de mi madre. En todas partes me encuentra. Así que llego a un pacto con ella. No quiero perder a mi esposa, le digo, así que podemos conversar por las noches. Después de las once. Cuando todos en mi casa se encuentren dormidos. Las sospechas son inevitables. Me escondo en el cuarto más recóndito. Hablo susurrado. Para María es evidente mi frustración y desagrado. Trato de reír para contentarla. Trato de hablarle con interés. No quiero un problema mayor.

Chucho, quiero que nos encontremos, quiero que vengas, me dice una noche de manera muy descarada. Yo te envío lo de los pasajes.

No. Ni se te ocurra mandarme nada.

Volvió a sonar el teléfono de mi casa. A eso de las ocho, cuando mi esposa veía la telenovela y podía contestar sin ningún problema. Quién es. Por qué no habla. Otra noche, lo mismo: Quién es. Por qué no habla. Responda. Sé quién está al otro lado. Por lo menos dé la cara. Luego mi esposa me mira enardecida: Chucho, estás perdido, mejor paga escondite.

En mi juventud quise ser parte del juego de María. Esconderme con ella en el bosque. En la casa abandonada. En el sótano de la tienda de la esquina. Nunca pude. Y ya uno está muy grande para eso. Para esconderse en otro país. Y cuando nos descubran qué. Cuando mi mujer y mi madre lo sepan. De todos modos debo hacer algo. Jugar a los caprichos de María o continuar con la vida que llevo. Son dos rincones separados para ocultarse y creo que ya sé en cuál hacerme. Pero en un

descuido salgo corriendo y me libero. Eso es lo que uno deja de hacer:
uno, dos, tres por mí.